

Sorpresas y realidades en la sucesión presidencial boliviana

Mesa-Gisbert, Carlos D.

Carlos D. Mesa Gisbert: Periodista boliviano. Director de un Canal de TV en La Paz. Autor de Presidentes de Bolivia entre urnas y fusiles.

La sorpresiva elección - por el Congreso boliviano de Jaime Paz Zamora como nuevo presidente de su país, fue producto de una alianza política considerada «imposible» por los analistas; pero éste no fue el único detalle insólito en el cambio de primer mandatario con continuidad constitucional ocurrido en La Paz. La probable mantención de una política económica neoliberal, que ha producido estabilidad pero no reactivación, es otro detalle destinado a romper percepciones esquematizadas, incluso entre los que protagonizaron cierta fuga de capitales, coincidente con la proclamación del nuevo presidente. Con mayoría parlamentaria cómoda, sindicatos debilitados, fuerzas armadas que respaldan el actual ordenamiento legal y negociaciones económicas promisorias en torno al gas natural - el principal producto de exportación boliviano, ya no el estaño -, Paz Zamora inicia su gestión con una capacidad de movimientos que le podría ganar en la base social un apoyo similar al que recibió a nivel de cúpulas, tan imprevistamente.

Jaime Paz Zamora era, apenas cinco días antes del 6 de agosto de 1989 (aniversario de la independencia nacional tradicionalmente coincidente con la transmisión presidencial) el presidente imposible. Tercero en las elecciones del 7 de mayo de este año, detrás de Gonzalo Sánchez de Lozada, candidato del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que había obtenido el 23,07% de los votos y de Hugo Banzer Suárez, de Acción Democrática Nacionalista (ADN), que obtuvo el 22,70% de los sufragios, debía de acuerdo al sentido común - buscar una alianza con alguno de los otros dos partidos para formar parte del gobierno de cualquiera de los otros dos candidatos.

No sólo eso, la brecha abierta por un pasado de sangre entre la ADN y el MIR, parecía indicar que el acuerdo más probable giraba en torno a Sánchez de Lozada, cuya figura no revestía en principio ninguna susceptibilidad que bloqueara un gobierno de coalición, ya sea con el MIR, ya con la ADN. Pero sucedió exactamente al revés, ratificando una constante de la política boliviana, que no suele regirse, precisamente, ni por la racionalidad ni por la lógica.

Una estrategia hacia el poder

Cuando en agosto de 1985 el Congreso decidió otorgarle la presidencia a Víctor Paz Estenssoro, tanto miristas como adenistas se aprestaron a encarar el futuro sobre dos bases esenciales: la «desmovimentización» del país, con la certeza de que el MNR no sería capaz de sobrevivir a su líder histórico, y el diseño de un espectro político sobre la base de un bipartidismo protagonizado por la derecha (ADN) y la centro-izquierda (MIR).

Quien más claras tenía las ideas era el MIR, particularmente su principal estrategia, Oscar Eid Franco, actual jefe en ejercicio de esa organización política que, en el camino hacia el objetivo de lograr la presidencia para Jaime Paz, dio tres pasos fundamentales. El primero fue estructurar un concepto de amplitud y pluralismo de su partido, sacudido en el pasado por dos escisiones, la de Walter Delgadillo, fundador del MIR Masas (abril de 1984), y la de Antonio Aranibar, fundador del Movimiento Bolivia Libre (MBL), en diciembre de 1984. Para ello acuñó la idea de la «Nueva Mayoría» que permitió la inserción de algunas personalidades destacadas y organizaciones y partidos pequeños. Luego forzó en el Congreso la aprobación de una nueva Ley Electoral, que apuntaba a excluir a los partidos minoritarios y garantizar el control de la Corte Electoral por los partidos mayoritarios (ADN, MNR, MIR). Finalmente, logró un éxito incontrastable en las elecciones municipales de 1987 con un estrecho segundo lugar detrás de ADN. Esto conllevó, entre otras cosas, postular como candidato a alcalde de La Paz a Raúl Salmón, ex-alcalde del dictador García Meza, quien obtuvo el triunfo en la principal ciudad boliviana. En esa misma elección el MNR, que en 1985 había logrado el 26,5% de los sufragios, cayó a un 11% que hacía prever un triste final en 1989.

Un candidato atípico

El racional esquema propuesto por el mirismo se encontró, sin embargo, con un escollo que no estaba en los cálculos de nadie: Gonzalo Sánchez de Lozada, uno de los hombres más ricos de Bolivia, propietario del complejo minero COMSUR, el

más poderoso del país a nivel privado, muy inteligente, con un insoportable acento «gringo» y hombre de permanente éxito. Militante del MNR desde 1954, Sánchez de Lozada fue productor de cine (co-autor de algunos de los mejores documentales del cine boliviano de los años 50), gerente de una empresa de servicios en el área del petróleo, empresario minero y político desde 1979 (diputado, senador y presidente del Senado). Gestor, junto a un pequeño grupo en el que estaba Jeffrey Sachs, del ya célebre decreto 21.060, con el que Paz Estenssoro implementó la nueva política económica, fue llamado por el presidente a ocupar el Ministerio de Planeamiento y Coordinación en enero de 1986, al entrar en crisis la aplicación del modelo. Desde allí condujo inflexiblemente la política económica hasta su postulación como candidato del partido de gobierno.

«Goni» (apodo usado por Sánchez de Lozada durante su campaña), derrotó en las primarias de su partido a Guillermo Bedregal, cuya vinculación con la sangrienta y fuzag dictadura de Natusch es difícil de olvidar, y encaró la carrera electoral con una expectativa de voto que no alcanzaba al 8%. Todas las encuestas previas le daban el triunfo al ex-dictador Hugo Banzer con alrededor del 30% de los votos, seguido por Paz y Sánchez a por lo menos cinco puntos, y con escasa certeza sobre el nombre del que llegaría segundo.

La campaña fue dura y dejó heridas que, a la postre, serían determinantes en la uncción del nuevo presidente. La excepcional campaña de Sánchez de Lozada pasó por la ruptura unilateral del pacto por la democracia MNR-ADN, que hizo posible la aplicación del nuevo modelo económico, y por las duras críticas al pasado de Paz Zamora, exvicepresidente del gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP) de Hernán Siles, del que el MIR fue coalición. A través de contundentes «spots», el MNR recordaba aquellos tiempos de la hiperinflación, las colas, el desabastecimiento y el desorden, lo que produjo un efecto demoledor, pero abrió también resentimientos profundos.

La campaña fue dura y dejó heridas que, la postre, serían determinantes en la uncción del nuevo presidente. La excepcional campaña de Sánchez de Lazada pasó por la ruptura unilateral del pacto por la democracia MNR-ADN, que hizo posible la aplicación del nuevo modelo económico, y por las duras críticas al pasado de Paz Zamora, exvicepresidente del gobierno de la Unidad Democrática y Popular (UDP) de Hernán Siles, del que el MIR fue coalición. A través de contundentes «spots», el MNR recordaba aquellos tiempos de la hiperinflación, las colas, el desabastecimiento y el desorden, lo que produjo un efecto demoledor, pero abrió también resentimientos profundos. La campaña urbana (hoy por hoy decisiva en el re-

sultado total de la elección) fue ganada en la TV, el «hábitat» natural de Sánchez de Lozada, frente a un estilo neutro y discreto de Banzer y otro más proclive a los alardes oratorios y el carisma en concentraciones de viejo cuño de Paz Zamora.

El debate final, organizado por los periodistas y transmitido por una cadena nacional de radio y televisión (el primero de estas características en la historia electoral boliviana), le dio una importante ventaja al candidato oficial y desfavoreció nítidamente a Paz Zamora que perdió los estribos ante el ácido humor de Sánchez de Lozada.

El resultado electoral dejó varias sorpresas. Dos de ellas espectaculares. La primera fue el triunfo de Gonzalo Sánchez de Lozada (el MNR no ganaba una elección desde 1964). La segunda fue la aparición fulgurante de Carlos Palenque y su novísimo partido Conciencia de Patria (CONDEPA) que ganó en La Paz, el departamento más importante y poblado del país con el 27% de los votos. Hombre de radio y TV, de un populismo exacerbado, Palenque conquistó los sectores populares paceños y desató un fenómeno, por ahora regional, de imprevisibles resultados en el futuro.

Para salir del «triple empate»

La Constitución boliviana establece que en caso de no obtener ninguno de los candidatos el 50% más 1 de los votos, será el Congreso el que decida, eligiendo entre los tres candidatos que hayan recibido mayor votación. También en el Congreso, el ganador requiere del 50% más 1 de los votos de los parlamentarios.

El MIR lanzó una estrategia poselectoral para salvar su tercer lugar, logrado con el 19,64% de los votos. Para ello instrumentó un acuerdo en la Corte Nacional Electoral con ADN, excluyendo al MNR. De ese modo, la CNE anuló cientos de miles de votos, alteró resultados en tres departamentos (Oruro, Potosí y Beni), redujo la diferencia entre el primero y los dos seguidores en más de 12.000 votos, alteró la otorgación de senaturías en Oruro y Cochabamba y, finalmente, en lo que fue la decisión más repudiada por el país, excluyó del Parlamento, merced a una interpretación arbitraria de la Ley Electoral, a partidos que habían obtenido legítimamente representación en el Legislativo.

Es el caso del Partido Socialista I (tres diputados), el Movimiento Revolucionario Túpac Katari de Liberación (un diputado) y la propia Izquierda Unida, que perdió cuatro de sus catorce diputaciones. Estas acciones permitieron al MIR insistir en la idea del «triple empate», a pesar de los 54.080 votos que los separaban del ganador.

Además, la estrategia de negociación con ADN se hizo oficial y logró consolidarse, pasando por alto el *shock* que produjo el acercamiento a ADN de un partido que como el MIR había nacido y se había forjado en la lucha contra la dictadura de Banzer (1971-1978), y que le costó cárcel, exilio, tortura y más de una muerte. Simultáneamente, apelando a la campaña electoral, ambos aislaron a Sánchez de Lozada, acusándolo de falta de credibilidad y de soberbia. De ese modo, el MIR desplazó del centro al MNR y se convirtió en «bisagra» de la negociación, lo que finalmente le dio la presidencia.

Cuando, en las últimas dos semanas, el MNR pudo abrirse camino para el diálogo, era tarde. Ofreció el 50% del poder al MIR en base a un gobierno de centroizquierda, y programa común hasta el año 2000; nunca le respondieron. Contraofertó un esquema similar a la ADN; le dijeron que no. Banzer había ya decidido morir matando, si él no podía ocupar el Palacio tampoco lo haría el Goni y pactaría con el diablo si fuese necesario. No lo fue, le bastó con renunciar a su candidatura en favor de Jaime Paz en el acuerdo de cogobierno más paradójico desde que en 1971se reunieron para cogobernar (bajo la batuta del propio Banzer) el MNR y la Falange Socialista Boliviana. Así, por primera vez desde 1825, el candidato que obtuvo el tercer lugar recibió el mando de la Nación por decisión congresal, de las manos del octogenario líder Víctor Paz Estenssoro.

El triunfo electoral de «el 21.060»

Independientemente del sorpresivo desenlace presidencial, las elecciones de mayo 89 marcaban una suerte de examen al modelo aplicado por el gobierno en los últimos cuatro años, a través del decreto 21.060. La implacable política social, el desempleo creciente (19% a nivel urbano), el bajísimo nivel salarial (el salario mínimo nacional equivale a 22 dólares), el desmantelamiento del aparato estatal, el debilitamiento de la industria, eran elementos que hacían suponer un porcentaje importante de voto castigo y muy pocas posibilidades para el candidato oficial.

Sin embargo, esto no se produjo; por el contrario, la política de Paz Estenssoro fue aprobada por la mayoría de la nación y el candidato oficial ganó la elección. Si asumimos que tanto Sánchez de Lozada como Banzer representan la quinta esencia del modelo que sustentaron en el Pacto por la Democracia, veremos que recibieron sumados el 45,77% del respaldo popular. Si a este porcentaje le sumamos el recibido por Paz Zamora, contabilizamos un 65,41% de votos en favor de la política económica.

Cualquier analista más o menos avezado podía percatarse de que el discurso del MIRNM era en esencia favorable al 21.060, con dos excepciones significativas: el desarrollo y fomento del mercado interno y el respaldo a la industria nacional, a través de algunas medidas (nivel de aranceles, por ejemplo) diferentes a las aplicadas por el gobierno saliente.

Paz Zamora planteaba también una política menos ortodoxa que el «exportar o morir» de Sánchez de Lazada. Más allá de estas diferencias, lo esencial era común en los tres candidatos principales, por eso la consideración de que el modelo recibió un 46% de respaldo nítido y un 65% de respaldo global.

El **no** al modelo económico se encuentra en el 24,55% de los votos obtenidos por siete organizaciones políticas que van de la derecha tradicional (FSB), pasando por el populismo indefinible (CONDEPA), el nacionalismo revolucionario nostálgico (MIN), las corrientes indigenistas (MRTKL y FULKA), hasta la izquierda marxista (IU y PSI). El saldo (10,03%) se lo reparten los votos blancos y nulos, con un porcentaje de abstención del 27,1%.

La Izquierda Unida, cuyos dos partidos principales son el MBL y el Partido Comunista (PCB), logró apenas el quinto lugar detrás de CONDEPA (que obtuvo el 11,02%). Su 7,21% obliga a serios replanteamientos de táctica, estrategia y, sobre todo, de discurso, ya que aún con el 2,53% del PSI no le alcanza para superar el lugar que ocupa detrás de CONDEPA, un partido rabiosamente regional y que con su votación llama severamente la atención a las estructuras partidarias clásicas, ya que capturó un electorado descontento que no se encuentra representado en las estructuras convencionales y que ve en Palenque una suerte de mesías capaz de entender y expresar sus aspiraciones más íntimas.

El país recuerda todavía la traumante hiperinflación del período 1982-1985 y no quiere arriesgar la seguridad y la estabilidad. Esto fue decisivo a la hora del voto ciudadano.

El país que deja Paz Estenssoro Hay, qué duda cabe, una diferencia muy grande entre el país que recibió Paz Estenssoro y el que encuentra Jaime Paz Zamora. Algunas comparaciones básicas pueden ser ilustrativas (ver Cuadro 1).

Cuadro 1

	1985	1989
Inflación	25.000 % ¹	2.92 % ¹
Crecimiento del PIB	- 1.9 %	+ 2.9% ²
Exportaciones	620 mill. US\$	627 mill. US\$ ²
Importaciones	575 mill. US\$	883 mill. US\$ ²
Deuda externa (contr.)	4.825 mill. US\$	6.141 mill. US\$ ²
Reservas	5.6 mill. US\$ ¹	182 mill. US\$ ¹
Salario mínimo	7 US\$ ¹	22 US\$ ¹
Desempleo urbano	16.3 %	19.2 %

1. Julio del año respectivo. 2. Diciembre de 1988.
Fuente: C.M.G.

Empecemos por decir que Jaime Paz suscribe públicamente un axioma del neoliberalismo que impulsó el gobierno anterior, y es el que sostiene que el mercado es el mejor asignador de recursos. Partiendo de esta base, es difícil equivocarse en la caracterización central de la orientación de la nueva gestión. Digamos además que en su mensaje del 6 de agosto, de apertura de su administración, el nuevo presidente respalda plenamente los puntos 1, 2, 5 y 6 del ideario de Sánchez de Lozada explicado líneas arriba. En este contexto es que entendemos que la intención vertebral de la coalición MIR-ADN es una política de continuidad del modelo que, a pesar de ello, tiene algunas variantes.

Las más importantes son las referidas a la política social, en la que se plantea una oferta de 50.000 empleos por año, con la consiguiente reducción del desempleo y un énfasis en el mejoramiento de los pavorosos índices de salud y de educación. Esto sólo puede lograrse con un impulso decidido a la reactivación (crecimiento) que fue el objetivo principal de la pasada gestión. El nuevo gobierno busca también una reformulación del Estado, para hacerlo más eficiente, y la generación de una dinámica económica que permita la reinserción de la economía boliviana en las nuevas condiciones del mercado externo, además de los puntos ya mencionados en torno al mercado interno y la industria.

En lo político, la alianza del MIR con ADN y un eventual acuerdo con CONDEPA, le otorgan a Jaime Paz una mayoría incontrastable en el Congreso, lo que facilitará enormemente su gestión. Al frente está el poderoso MNR, vigorizado con la figura de Sánchez de Lozada y la izquierda, ambos decididos, por razones muy diversas, a ejercer una oposición inflexible, aprovechando cualquier traspié del actual mandatario. El sindicalismo, severamente afectado por la férrea política de Paz Estenssoro, se mantiene en situación de extrema debilidad, aunque con interés de recupe-

rar fuerza en un diálogo de «igual a igual» con un presidente proveniente de un partido de izquierda radical en sus orígenes.

Pero el desafío mayor viene en realidad de los poderes regionales (sobre todo Santa Cruz) que exigirán un proceso inmediato de descentralización político-administrativa, por otra parte comprometido por Paz Zamora en la campaña electoral. Este es en realidad uno de los puntos clave del futuro debate nacional en Bolivia. Las FFAA, con las que el presidente tiene buenas relaciones, además de las de su aliado Hugo Banzer, han expresado la decisión de mantener inalterable la postura de respeto a las reglas democráticas, como lo han hecho desde hace siete años.

En el ámbito internacional son vitales las negociaciones con Argentina para acelerar el pago de la gigantesca deuda que tiene esa nación por la compra del gas boliviano y la definición de la prolongación o no del contrato de venta de ese producto, que termina en 1992. La otra punta del mismo ovillo es la continuación de las negociaciones con Brasil para ampliar la venta del gas natural, el producto más importante de las exportaciones bolivianas.

Finalmente, el nuevo gobierno debe encarar uno de los requerimientos más urgentes para preservar y fortalecer la democracia, la reforma constitucional y la sustitución de la Ley Electoral. El procedimiento no es sencillo, porque la Constitución boliviana es poco flexible en cuanto a cambios. En lo referente al procedimiento electoral, el país no resiste otra vez un proceso tan enredado, poco ético e incluso poco racional, como el vivido en los últimos meses. La reforma es urgente y se hace indispensable una voluntad política de encararla, si se quiere evitar el escepticismo y el ausentismo masivo en las urnas, tanto en las próximas elecciones municipales (teóricamente convocadas para diciembre de 1989) como en las nacionales de 1993.

El primer problema que encara Jaime Paz en este contexto es el de mantener la confianza, uno de los capitales más importantes del anterior gobierno, sin el cual su tarea puede hacerse muy difícil. El nombramiento de su primer gabinete, en el que están connotadas figuras de la empresa privada como David Blanco, ministro de Finanzas o Carlos Iturralde, ministro de Relaciones Exteriores, parece seguir el sentido tecnocrático y neo liberal de la anterior administración y su objetivo principal ha sido demostrar en los hechos que «todo sigue igual». La pregunta central es si las innovaciones referidas a la creación de un mercado interno fuerte, una industria solvente y la protección de determinada actividad

económica, se pueden hacer sin alterar un modelo cuya ortodoxia defendió Sánchez de Lozada a ultranza, con la tesis de que ésta era precisamente la base y la única explicación de su éxito.

Todo este panorama se completa con dos hechos de singular importancia. Los dos partidos que comenzaron a gobernar en agosto de 1989, forman parte de dos de las organizaciones políticas internacionales de mayor importancia. El MIR-NM es miembro de la Internacional Socialista y ADN, unido en la llamada Convergencia Participativa con el Partido Demócrata Cristiano (PDC), en el que milita el vicepresidente Luis Ossio Sanjinés, a la Internacional Demócratacristiana. Estas circunstancias pueden explicar en algunos sentidos la orientación que encara el nuevo gobierno boliviano.

Todo parece indicar que el legendario expresidente Paz Estenssoro tenía razón cuando dijo el 22 de febrero de 1986: «El 21.060 no es coyuntural, o en todo caso es una coyuntura que durará por lo menos veinte años».